

EL MERIDIANO

Javier Usoz

Una buena historia

LA Península Ibérica es solar de pueblos diversos y hasta antagónicos. Así, el castellano, atlántico y conquistador, no tiene nada que ver con el catalán, mediterráneo y comercial. El primero habla una lengua severa y afilada, mientras que el segundo se expresa en un idioma suave y melifluido. Como no podía ser de otra forma, el trato entre estos dos mundos ha sido siempre muy difícil. Se puede afirmar, incluso, que el contacto fructífero entre ambos, así como entre estos y los demás pueblos de España, solo ha sido y sigue siendo posible merced a la imprescindible mediación aragonesa. Aragón es el corazón de la nación. Efectivamente, el modo de ser del pueblo aragonés, tesonero, irredento, noble y desinteresado, a la vez que capaz de las más refinadas instituciones jurídicas y políticas, ha hecho posible durante siglos la convivencia pacífica entre las gentes de la península, incluidas las del sur más profundo, las del levante más extremo y las del norte más esquinado. De hecho, la Historia nos dice bien a las claras que la quiebra de la paz entre todos estos pueblos siempre ha coincidido con los periodos en los que la influencia aragonesa ha sido más débil, mientras que los tiempos más gloriosos de Aragón han sido también los más tolerantes y esplendorosos de todos los demás territorios. Lástima que los lusitanos quedaran un poco a desmano a la hora de recibir este benéfico influjo, esta irreplicable y excepcional mezcla de civilización procedente del río, de la montaña y de la estepa, cuyo origen se remonta a épocas inmemoriales, incluso a los ojos del centurión romano que un día holló las sagradas tierras aragonesas para dejar su poderosa impronta cultural y política. Bien, es suficiente, no es preciso continuar la caricatura para advertir que todo lo anterior es una completa majadería. Sin embargo, adérese el lenguaje con un poco más de sentimiento, salpíquese el discurso de alguna anécdota épica, promuévase desde el poder con suficientes recursos y obtendremos una buena historia desde la que construir una nación superlativa, paradisíaca y, sobre todo, chantajista. Y hágase pronto, porque unos cuantos ya han tomado la delantera.

juzoz@unizar.es

España y Cataluña

TODOS sabemos el resultado del desafío soberanista en Cataluña que, aunque ha sido una consulta ilegal, pone de manifiesto el conflicto político que existe con el Gobierno de España y deja paso a sus propósitos separatistas. De esta manera, sus gobernantes pierden energías y relegan a un segundo plano los problemas de la ciudadanía, que es la que sufre las consecuencias de unos devaneos políticos que los conducen a una fuerte desmotivación, agravada por la crisis actual. Esta situación provoca que la ciudadanía se sumerja en sus problemas, ya que sus dirigentes sólo emplean su tiempo en conseguir sus sueños separatistas.

Siguiendo sus desatinados propósitos, el señor Mas no ha tenido para nada en cuenta la desazón e incertidumbre que proporciona a los ciudadanos que no están de acuerdo con el independentismo, pues la gran mayoría proceden de las distintas regiones de España. Empezaron a emigrar a Cataluña ya desde la posguerra, pues allí había mucho trabajo y vieron que podían labrarse un futuro, quedándose muchos a vivir para siempre. Sin embargo, sus raíces y sus familiares están en sus lugares de origen. Cataluña está muy entroncada afectivamente con el resto de España, siendo imposible separar ese cúmulo de sentimientos, poniendo trabas y dificultades para que fluya la cercanía y la fraternidad.

Por otra parte, el señor Mas, cuando se refiere a Cataluña, parece que esté hablando sólo de Barcelona, porque ¿qué ocurre con las tres provincias restantes que componen la comunidad? ¿Están realmente convencidos de que les conviene la independencia? Porque en

LA TRIBUNA

Mas no ha tenido en cuenta la desazón creada a los ciudadanos que no están de acuerdo con el independentismo, muchos de fuera de la comunidad. Por María Pilar Clavería Peguero



cuanto a Tarragona, la bella Tarra- co de los romanos, en su maravillosa y cálida Costa Dorada, los propietarios de las viviendas proceden de muchas regiones españolas, muchos de ellos aragoneses, los cuales sostienen con sus impuestos los municipios. Pasan allí sus vacaciones, así como muchos fines de semana y tiempo libre del que disponen. Van con familiares y amigos, todo lo cual supone grandes beneficios para la comunidad.

En cuanto a Lérida, aunque no lo sea, por proximidad, es la 'capital' de muchos pueblos de la franja (bastante prósperos, por cierto), donde

realizan muchas de sus compras, visitan abogados, médicos, cursan estudios de todos los grados incluso universitarios, pasan días de asueto, celebraciones, etc. Mucha de la riqueza que genera Lérida se debe a los pueblos de comarcas próximas, ya que sus habitantes la visitan al objeto de recibir los servicios que proporciona una ciudad. Inútil cortar este medio de comunicación y expansión que tan buenos resultados afectivos, económicos y humanos ha proporcionado hasta la fecha.

Respecto a Gerona, en su magnífica y espectacular Costa Brava, ocurre lo mismo: muchas de sus viviendas pertenecen a propietarios de varias regiones españolas. Es una ciudad muy visitada pues posee grandes restos históricos, y donde el pasado y el presente se mezclan y producen sed de conocimientos que nos transportan a tiempos lejanos llenos de cultura y acontecimientos. Son muchos los turistas que recibe, tanto españoles como extranjeros, por su proximidad a la frontera pero, si se produjera la independencia (con las barreras que supondría), ¿seguirían llegando igual o bien se decidirían por otras playas españolas, menos complicadas burocráticamente y que les recibirían con los brazos abiertos?

Creo que el señor Mas no ha pensado detenidamente en el daño moral y económico que con su férrea ansia de independencia está causando ya no sólo a los españoles sino a la gran mayoría de los catalanes, en unos tiempos donde la unión y la expansión humana es sumamente necesaria para el buen desarrollo y prosperidad que tanto se necesita en estos tiempos tan difíciles que nos toca vivir.

Más talentos y van...

LA COLUMNA

Por Juan Domínguez Lasierra

DICE Ángel Alcalá, en respuesta a mi 'saco' de la pasada semana, donde hablaba de una concentración de talentos aragoneses entre los que él figuraba, que «los elogios de los amigos suelen ser increíbles». Entiendo lo de increíbles en su sentido más etimológico, que no tienen credibilidad. La sentencia, muy gracianesca, la considero cierta, aunque a la amistad, uno de los valores máximos de la vida, hay que perdonarle todo, incluso la exageración. No es nuestro caso, porque mi amistad con Alcalá procede de mi admiración por su obra, y no de circunstancias más o menos personales.

Esta pequeña digresión me da pie para ampliar mi concentración de talentos, porque hace días, semanas, que tengo una deuda con Aurora Egido, que me distinguió con el envío de su discurso de ingreso, o de recepción pública, en la Real Academia Española, y un servidor, ejerciendo de pésima educación, no le ha dicho ni mú, que no sé si es expresión académica, pero que todos entendemos. Es que estoy tan entregado a mi 'opus magnum' que no tengo ni tiempo de ser educado. Valga como excusa, que ya sé que no vale.

El discurso de Aurora ya es fascinante desde su título, 'La búsqueda de la inmortalidad en las obras de

Baltasar Gracián', y conociendo como conozco las obras de nuestra flamante académica (puedo presumir de ello), estoy seguro de que la fascinación se prolongará a todas las páginas de su disertación, incluyendo las notas a pie de página, porque, como ya he dicho en otras ocasiones, Aurora es capaz de poner gracia hasta en el rincón más áspero de un trabajo académico.

A la espera de leer su trabajo, he leído su introducción, donde la nueva académica hace una estupenda referencia a su antecesor en su doctorado, otro de nuestros talentos portentos, José Luis Borau, y allí me entero (uno no puede saberlo todo, estar en todo) que en la contestación

al discurso de ingreso en la Española de nuestro cineasta, Vargas Llosa resaltó sus artículos publicados en HERALDO (1953-1956), «donde condensaba el folklore, el patriotismo, el peso monolítico de las raíces y la visión de campanario». Como conocí un poco a Borau (gracias, sobre todo, a Pepe Pérez Gállego, otro talento) ya me sabía esas cosas, pero que las destacase nada menos que don Mario, en tan solemne tribuna, y citando a nuestro periódico, se me había pasado.

En la introducción de Aurora Egido se citan también a otros talentos aragoneses como los Bleuca, o los Chomón, Buñuel y Carlos Saura. Así que (espero que sin caer en esa «visión de campanario» que tanto enfadaba a nuestro Borau) me congratula haber podido prolongar ahora esa concentración de talentos portentos de la pasada semana. Lo que también me ha dado tiempo a leer es un opúsculo de nuestra Egido sobre la B mayúscula, incluido en la 'Geografía fantástica del alfabeto español', que es de esas cosas que hacen de Aurora una ensayista única, por no decir genial, que no lo digo yo, que lo dijo Lázaro Carreter en su día, según cuenta Pere Gimferrer en su contestación a nuestra admirada académica.

DÍA A DÍA

Fco. Muro de Iscar

Casta en la Universidad

CUANDO Pablo Iglesias habla de la casta, sabe lo que dice. La mayoría del equipo dirigente de Podemos procede de la Universidad, la institución española donde la casta gobierna desde hace décadas, sin que nadie se atreva a meterse con ella o a exigir el cambio porque es la propia casta universitaria la que dicta las reglas, selecciona a los candidatos y elige a sus miembros. No hay futuro sin padrinos. Y eso sucedía antes, durante y después del franquismo.

La única diferencia con la situación actual es que la Universidad antes de la Transición fue un instrumento activo de agitación y de cambio y hoy no. Hasta que Pablo Iglesias y los suyos han decidido dar el salto de la Universidad a la política. Les preocupa la casta política, pero eluden hablar de la universitaria que, sin embargo, está mucho menos controlada y tiene un poder, en su campo, quizá mayor que el de los políticos en el suyo.

La casta universitaria es mucho más opaca que la política. Rectores, catedráticos y muchos profesores no rinden cuentas a nadie, no responden de nada, no tienen que demostrar que siguen siendo idóneos para su puesto. Las plantillas docentes de las Universidades sobrepasan la media de los 60 años. La razón está en el aluvión de catedráticos que llegó cuando se multiplicó, de forma innecesaria e ineficiente, el número de Universidades y hubo que hacer catedráticos a los que se lo merecían y a los que no.

En la Universidad hay excelentes profesores y muchos docentes que trabajan e investigan. Pero la Universidad española está bajando año tras año el nivel de exigencia porque, si no, no aprobaría nadie. Se quejan de falta de presupuestos, y pueden tener razón, pero invierten mal. Sobran universitarios y faltan buenos profesores porque no hay exigencia en la contratación del personal docente. La Universidad, lo dice el profesor Andrés Pedreño, tiene que salir de esa zona de confort en la que vive, reinventarse, liderar el cambio y la investigación... Lo malo es que la casta universitaria -esa de la que Pablo Iglesias no habla porque forma parte de ella- no lo va a permitir. Sería un suicidio. Es preferible emigrar y conquistar otros paraísos de la casta.